

## *DESESPERADA*

A veces estoy triste cuando se hace de noche.  
Recuerdo mis montañas, muñecos, juventud,  
trapos que desliaba el aire, agitados  
en la punta de un palo.

Vence el crepúsculo. Desesperado estoy  
y aniquiladas mis tropas. Sobre un tambor desnudo  
he comprendido que carezco de infancia.

No tengo a qué acogerme. Han pasado  
veloces estos tiempos, y es una niña, un perro,  
acaso una farola, el establecimiento  
de esparto de mi madre, los que siento  
cuando a veces de noche la tristeza me invade.

Mi pueblo es el más blanco de todas las colinas.  
Me dicen que hasta ahora no ha llegado la guerra.

Recordaría un banco con losetas azules  
si no sintiera a veces que estoy vacío, va  
mi cuerpo con correa, charreteras y miedo,  
y no soy yo, no. Recordad...  
¿Recuerdas tú, muchacha, Beatriz Isabel,  
cuando era mío yo y sólo vestía  
la camisa más blanca y más planchada  
de mis dieciseis años, el parque y aquel banco?  
Entonces. Era cuando empezaba a tener  
lo que no tuve. Hablaba con palabras  
que no supe escribir, y tú tenías los ojos  
exageradamente claros. De día,  
que para toda la vida fuese de día  
y no de noche. Ahora ya no.  
Mi batallón descansa desesperado.

Estamos en una retirada inmensa  
que se detiene cada noche cuando a veces sollozo.  
Me parece que pronto llegaré al principio  
de la llanura plana sin límites ni pájaros,  
para, lenta matanza, morir a cada paso.

El sol se hace más blanco en medio de la huída  
y el cielo, cada vez, está más amarillo.  
Yo ganaré esta guerra que presiento perdida  
cuando el suelo se haga cal, fisura y sangre,  
hendidura y espanto, polvo y teatro limpio  
de nuestros uniformes, desgarrados, mañana.

Teníamos un árbol enorme en el pueblo  
con nueces que poníamos de tres en tres en fondo  
sobre aquel verde suelo de hierba inolvidable,  
recuerdo, y de un lancero un casco de papel.  
Tenía hambre hace ya mucho tiempo. No, mañana.  
A veces estoy muerto cuando creo estar triste.